

LA CIUDAD NO ES PARA MÍ

El problema de la circulación en las grandes ciudades solamente tiene una solución. Pero no existe. Madrid no puede encogerse al tamaño de Guadalajara. Quien crece no decrece. El exceso de las cuatro ruedas y un volante provoca estos dos serios inconvenientes: congestión y contaminación. O sea, atosigamiento y malos humos. Como es previsible, ello irrita los bronquios a nuestros políticos sectarios. Bronca asegurada. Las ideologías suelen convertirse en “odialogías”. Según parece hay alguna manera de averiguar si unos conductores votan a la izquierda o bien se inclinan a la derecha tan sólo con mirar la matrícula de los automóviles. Sin embargo, tal vez sea más razonable considerar la cuestión en una forma transversal. Después de todo, un problema técnico precisa medidas técnicas. A nadie le importa la militancia del médico que lo cura. Muéstreme el título, no el carné del partido. En suma, lograr que el mayor número de personas se desplace en el menor tiempo posible sin causar ningún daño ajeno. Dado que las dimensiones de las calles son fijas, los moteros y los ciclistas, los repartidores y los conductores de autobús, los

peatones y los automovilistas, todos ellos juntos, deben disputarse un mismo espacio público. El metro que uno gana, lo pierde el otro. ¿Y cuál es la *ratio* entre las personas que se desplazan y el tiempo y la superficie que se quitan a los demás medios de transporte? No hay duda de que la fluidez del tráfico y la pureza del aire respirable aumentan con el transporte colectivo, la reducción en la medida de lo posible del automóvil privado. Somos más, ocupamos menos. Tres en un burro ahorran dos jumentos. Solamente los ciegos ignoran esta verdad elemental. Favorecer uno, desincentivar el otro. Ahora bien, un transporte público de calidad – mayor frecuencia, más líneas, más comodidad – requiere también un mayor gasto público, mayores impuestos. ¿Quién le pone el cascabel al gato?

¡Qué le vamos a hacer! No hay remedio. La circulación en ciudades como Madrid, París o Londres son un cáncer benigno con el cual debemos acostumbrarnos a convivir, a lo sumo aligerar sus efectos más perniciosos. Tal vez la gran ciudad no sea para nosotros, pero nosotros tampoco estamos hechos para la gran ciudad. Eso, o bien reducir Madrid a las dimensiones de Guadalajara.



Pablo Galindo Arlés

30 de septiembre de 2019